

The book cover features a stylized illustration of a man's face in profile, looking towards the right. The man has dark hair and a beard, and his skin is rendered in a reddish-pink hue. He is wearing a dark blue t-shirt. The t-shirt is decorated with large, vibrant floral patterns: a red lily-like flower on the left, a large white flower in the center, and a yellow flower on the right. The background is a solid light blue color.

Golpes de luz
Leticia Costas

Julia es periodista, acaba de separarse y decide dejar atrás Madrid y regresar a su pueblo, en Galicia, con su hijo Sebas, para cambiar de aires y cuidar de su madre. El niño tiene diez años y está convencido de que su abuela Luz es el dios Thor, porque nunca se separa de su martillo. Aunque esconda polvorones en las medias, beba Sansón hasta ver doble y diga mentiras sin parar, Sebas adora a su abuela. Es una diosa, y ha convertido su jardín en un templo. Pero para Julia volver a la casa familiar supone enfrentarse a un pasado lleno de secretos que necesita desvelar y a la desaparición de su padre, que hace más de treinta años se fue sin despedirse.

El narcotráfico en la Galicia de los años noventa, el mundo de los cuidados y la búsqueda de la verdad envuelven esta historia llena de humor y habitada por unos personajes inolvidables.

Después del éxito de *Infamia*, Leticia Costas muestra de nuevo su gran talento creativo con *Golpes de luz*, una novela tierna y salvaje.

Índice de contenido

Cubierta

Golpes de luz

Primera parte. Animaliña

Luz

Sebas

Julia

Luz

Sebas

Julia

Sebas

Luz

Julia

Sebas

Luz

Julia

Sebas

Julia

Luz

Sebas

Segunda parte. El Argentino

Julia

Sebas

Julia

Luz

Julia

Sebas

Luz

Julia

Luz

Sebas

Julia

Luz

Julia

Sebas

Agradecimientos

Sobre la autora

PRIMERA PARTE

Animaliña

Luz

Llevo toda la vida oyendo cosas que no quiero oír. Mierdas. Eso es, llevo toda la vida oyendo mierdas. Y qué quieres que te diga, con casi ochenta años estoy hasta las narices. Lo que peor llevo es aguantar a mi hija. Ya sé que nos pasa a todas cuando empezamos a envejecer, que nadie se vaya a pensar que me las estoy dando de especial. Pero es que es una cruz. Se creen que tienen el cielo ganado por hacerse cargo de nosotras, pero la verdad es que son pesadísimas, no hay Dios que las soporte. Menos mal que llega un momento en que acaban hartas y desisten. Se rinden, dejándonos por imposibles. Yo estoy esperando ansiosa por ese momento en que pasen de mí y me dejen a monte de una puñetera vez. Julia, mi hija, aún no entró en esa fase y estamos echando una especie de pulso. Voy a tener que empezar a llamarla la Detective. Controla todos mis movimientos con lupa: lo que como, mi medicación, los cuartos que tengo en el banco, cuántas veces voy a mear y también la ropa que llevo. La última que tuvimos fue porque no me puse el camisón para dormir. Entró en mi cuarto por la mañana antes de irse al trabajo y me encontró vestida con pantalón de pinzas y la blusa de los domingos. Quise taparme hasta arriba con el edredón para ocultar el pecado, pero no me dio tiempo. Entre otras cosas, me llamó vaga. Y eso me sentó como una patada. Llevo toda la santa vida peleando, nadie tiene derecho a acusarme de vaga. Ni siquiera ella. Una cosa es que sea mi hija y otra bien distinta permitir que monte por encima de mí. Bastante tengo con soportar la propia vida. Tampoco me parece tan difícil de entender, me cuesta trabajo sacarme la ropa para ponerme otra. Me duelen los brazos, el

pescuezo, las articulaciones, los setenta y nueve años que tengo. Me duele hasta el alma. Y la verdad, no veo la importancia de dormir en camisón o en traje de luces. Desde que vive aquí ni siquiera puedo meterme en mi cama como me dé la gana. «Hay unas normas», repite Julia una y otra vez. ¿Qué normas son esas? ¿Quién carallo las inventó? Y lo más importante: ¿por qué hay que seguirlas?

Recuerdo la anterior bronca gorda que tuvimos. Era pleno verano, pero aquel día estaba de tormenta. Yo no podía dormir, llevaba horas dando vueltas en la cama sin pegar ojo. El ambiente estaba muy cargado, hacía una calor insoportable. Seguramente me olvidara de tomar la pastilla para dormir, a veces me pasa. De repente, estalló un trueno que hizo catapún en el cielo y enseguida rompió a llover. Me alteré un poco. Empecé a pensar en los caracoles saliendo de sus toberas, dereitiños a devorar las plantas del jardín, que es mi lugar sagrado. Le dedico muchas horas, trabajo como una mula. No hay un sitio en esta casa donde me sienta mejor que entre mis flores. Intenté centrarme en otra cosa para olvidar el asunto de los caracoles, pero hay veces que es como si una idea me furase el cráneo. Se me mete dentro de los pensamientos y me quedo ahí atascada. No aguanté más. Puse la bata por encima del camisón, cogí mi martillo y salí en zapatillas. Ahora que lo pienso, pude calzarme las botas de agua, pero en aquel momento no se me ocurrió. Fue un impulso. Por lo menos se me encendió la bombilla y esperé en el porche de la casa a que escampara. Las tormentas de verano son así, llueve a cachón unos minutos y luego todo se calma. Cuando paró el chaparrón, salí al jardín. ¿Cuántos caracoles puede escachar una mujer de casi ochenta años en medio de la noche? La respuesta está clara: cero. Entre la poca vista que tengo y la falta de luz, no conseguí atizarle a ninguno. El hecho de pensar en el sonido de los caparzones escachando debajo del martillo me daba mucho gusto. Pero habría que esperar a otra ocasión. El sueño

que me abandonara aquella madrugada apareció de golpe. Estaba agotada, como sin fuerzas. No parecía una mala opción acostarme allí, al aire libre. La temperatura era fantástica, y con el trabajo que me da subir escaleras, volver a mi cuarto me pareció malísima idea. Saqué la bata, la coloqué en el suelo para no manchar el camisón y me dejé ir. Muchas veces, de niña, dormía al raso con mi hermana Claudia. Qué recuerdo tan agradable. Acostarme allí, en medio del jardín, fue como volver a la infancia, y eso siento muy bien. El olor de la tierra y de las plantas aromáticas y de las otras que crecen salvajes. A esas las llamo *ventureiras*. Podía reconocerlas todas: hierbaluisa, menta, diente de león, incienso, romero, ruda... Qué a gustito se estaba allí, entre todas mis flores. Me quedé frita. Desperté a las siete de la mañana, con mi hija berreando. Se iba al trabajo y, al verme tirada en el suelo, pensó que estaba muerta.

—¡Cala, ho, que vas a asustar a las vecinas! No estoy muerta, estoy meditando —le expliqué, en un intento baldío de quitarle hierro al asunto.

—Meditando. En camisón acostada en el jardín. ¿Cuánto llevas ahí?

—No me acuerdo —disimulé.

Cualquier opción parecía mejor que la verdad. Jamás entendería los motivos que me llevaron a acostarme en el jardín.

—Mamá, no podemos seguir así. ¡Haces lo que te da la gana! Estás consumiéndome.

—Pues para estar consumida vas sobrada de patas y cachas —añadí, con la mirada fija en las carnes que a duras penas cubrían su falda.

Tampoco se lo dije por mal, pero ella se lo tomó a la tremenda. Estuvo todo el día sin casi dirigirme la palabra. No fue para tanto. La gente de ahora no soporta el más mínimo comentario. Y ojo, yo tampoco dije mentira ninguna. Tan solo la verdad. Pero la verdad, en ocasiones, muer-

de. Como el tiburón aquel de la película. Arredió, aquellos eran dientes y no los míos.

Sebas

Mi abuela está un poco mal de la cabeza. No es una locura que la vaya a llevar a liarse a tiros en el supermercado, ni a pegarle fuego a la casa de un vecino. O eso espero, tampoco puedo asegurarlo al cien por cien porque tenemos un vecino con el que se lleva fatal. Sería terrible que la abuela hiciese algo así. Aunque saldría en la televisión y en los periódicos, y eso me haría ganar puntos en la escuela. Voy a quinto de primaria. Ser el nieto de una psicópata es algo que da un estatus y, sobre todo, un respeto. Además, a mis amigos y a mí nos encantan los escándalos. Cuanto más gordos, mejor. Leí en internet que en los momentos de excitación nuestro cerebro empieza a disparar adrenalina. Aciende la frecuencia cardíaca, se contraen los vasos sanguíneos, se dilatan los conductos de aire y... ¡BAM! Tenemos vía libre para hacer cosas como gritar, que es de lo más excitante. Lo que no soportaría es que detuviesen a la abuela. Me gusta vivir con ella y en la cárcel no admiten niños.

Mamá dice que la abuela siempre ha tenido algún tipo de desajuste mental. Ese término no existe, ya me he preocupado de buscarlo. Supongo que se lo inventó para suavizar el asunto. Lo que sí es verdad es que cada vez está más rara. Yo no comprendo lo que le pasa a su cabeza porque no sé nada de desajustes. No es una abuela normal y punto. Ya estoy acostumbrado a sus reacciones. No es muy difícil, ahora que nos hemos mudado a su casa y paso con ella tantas horas. Antes vivíamos en Madrid, pero con el divorcio de mis padres, en septiembre nos cambiamos de casa, de ciudad y de comunidad autónoma. Unos señores con tatuajes metieron todas mis cosas en cajas.

Fue raro ver mi cuarto desnudo como un esqueleto, sin libros, sin la colección de Lego en las estanterías y sin ropa tirada por el suelo. Mi habitación, que siempre había sido calentita, de repente parecía un congelador, y eso fue algo triste porque no me gusta el frío ni el olor del hielo de la nevera. Tampoco los alimentos cuando se están descongelando, excepto el pescado con anisakis, porque esos bichos son bastante divertidos, se mueven a un lado y a otro como si bailasen. Pero eso solo pasa si llevan menos de doce horas en el congelador. A partir de ese tiempo, la palman. Una vez encontré anisakis en una merluza. Eran como una comunidad enana de parásitos supervivientes a una glaciación. Valoré mucho esa capacidad de resistencia. Querían vivir por encima de todo, no hay que ser muy listo para darse cuenta de eso. Pero su destino fue cruel. La bolsa de la basura no es una sepultura demasiado decente, y allí fue donde terminaron, entre toda clase de desperdicios que no estaban a su altura. Intenté explicárselo a mi madre, pero pasó de todos mis argumentos.

Mamá dice que somos muy afortunados por vivir aquí. No para de repetir esa frase. Está empeñada en que muchos matarían por tener una casa tan grande, con una finca de tantos metros, lejos del ruido y del tráfico de Madrid. En el fondo creo que dice eso todo el rato para convencerse de que el cambio ha sido para mejor. Y luego resulta que la oigo llorar muchas veces y entonces ya no sé qué es de verdad, si sus palabras o sus lágrimas. Duerme en un cuarto pegado al mío y su voz se cuela por las grietas de la pared. Se me enrosca en el pelo y alrededor del cuello. Su voz hace engordar mis problemas. Su voz, cuando llora, es como suspender matemáticas. Jamás he suspendido matemáticas, pero he visto cómo otros niños suspendían y puedo reconocer esos efectos. Para alejarme de todo eso que me pone triste, cojo mis auriculares y subo el volumen al máximo. A ningún niño le gusta que su madre llore. Y menos con tanta frecuencia. ¿Cuántas veces a

la semana llora una persona adulta? Quiero conocer esa media para sacar una gráfica como las que salen en la tele cuando analizan cosas. Me gustaría saber si me tengo que alarmar o si está dentro de lo que se considera normal. ¿Podría llenar una botella de treinta y tres centilitros con las lágrimas que derrama cada mes? ¿Hay algún médico especialista en este problema? Me pregunto si papá también llora y, en caso afirmativo, cuántas veces. Tengo que consultárselo. Hablo con él todos los días por videollamada. No es lo mismo que vivir juntos. Ni siquiera se parece a vivir juntos, pero puedo verle la cara y contarle cosas de la escuela y de casa, y eso está bien. No sé si le gustará que le pregunte por sus lágrimas. Hay cosas sobre las que los adultos evitan hablar. Y creen que no nos damos cuenta, pero sí.

En este colegio nuevo tengo dos amigos: David y Noa. David tiene una colección de cómics de superhéroes bastante alucinante y pesa setenta y siete kilos. Tiene obesidad infantil y todo el mundo lo llama Gordo. Yo simplemente lo llamo David o, como mucho, Guerrero, porque su primer apellido es Guerra. El médico lo ha puesto a dieta. Lleva ya once días y cinco horas, y eso es un infierno para cualquier niño. Le prometí que mañana metería chocolate en la mochila por si le da otro ataque de ansiedad. Noa no sé cuánto pesa, pero poco. Es una de las niñas más flacas de la clase. También de las más listas. Completa todas las caras del cubo de Rubik en sesenta segundos. El cubo de Rubik es una especie de rompecabezas en 3D. Sirve para ejercitar una parte del cerebro que la mayoría de los seres humanos tienen dormida sin que ni siquiera lo sepan. Noa dice que su habilidad para completar las caras del cubo no sirve para nada, que simplemente le resulta divertido. Pero todo el mundo sabe que su cerebro va a terminar en un laboratorio, en manos de la ciencia. Cuando eso suceda, espero estar ahí para verlo y poder participar en el documental que hagan sobre su vida.

Quien también merece un documental es mi abuela Luz. De todas las cosas extrañas que hace, la que más me agobia es la relación que tiene con su martillo. Nunca se separa de él. Hace un par de semanas pasó algo brutal. Les hablé de esto a mis amigos y Guerrero tiene su propia teoría:

–Fue la noche de la tormenta, supongo que os acordáis.

–Claro que nos acordamos. Tenemos diez años, nos acordamos de todo –me dijo Noa–. ¿Sabíais que una tormenta puede acumular más energía que una bomba atómica?

–Eso es imposible –la contradijo David, con la boca llena de edamame, unas bolas verdes que no saben a nada que le recomendó su nutricionista para cuando no es capaz de controlarse. O sea: para todo el rato.

–Una sola descarga puede alcanzar treinta millones de voltios y cien mil amperios. –Noa parecía saber de lo que hablaba–. Y un relámpago puede ser hasta cinco veces más caliente que la superficie del Sol. Cuando una persona sufre el impacto de un relámpago, si lleva encima algún metal, este se derrite como tranchetes.

David vació de golpe en la boca el contenido de su bolsa de edamame. Estaba clarísimo que mientras masticaba intentaba ganar tiempo. Buscaba un argumento con el que desmontar toda aquella información que tanto podía ser auténtica como falsa. Aunque, conociendo a Noa, los dos sabíamos que era verdad.

–Continúo con lo importante y ya analizaremos luego esos datos –corté el debate–. Estábamos en la noche de la tormenta, centraos. No paraban de caer relámpagos y truenos potentísimos. Era imposible dormir, así que me asomé a la ventana para ver si conseguía sacarle alguna foto chula al cielo con la Polaroid que me regalaron mis padres por mi cumpleaños, antes del divorcio. Y, de repente, la vi caminando hacia el jardín. Era mi abuela. En

camisón, zapatillas y con su martillo en la mano, con los relámpagos explotando encima de su cabeza.

–Tu abuela es Thor –sentenció David.

Noa y yo lo miramos en silencio, esperando una explicación.

–Martillo, relámpagos y truenos. Está clarísimo.

–Querrás decir Thora –quise corregirlo.

–Nada de Thora. Thor –insistió, manteniéndose firme–. Quien porta el martillo es Thor. El *Mjölnir* decide quién es digno de portarlo. Y tanto puede ser un hombre como una rana, un extraterrestre o tu abuela.

–¿Un extraterrestre? –le pregunté.

–Claro. Billy Rayos Beta. Uf, estáis superverdes.

–David, ¿tú estás seguro de todo esto? –le preguntó Noa.

–Tanto como tú de que un relámpago puede convertir un metal en tranchetes fundidos.

–Vale, vale. Nos queda claro. Sebas, ¿qué hizo tu abuela con el martillo aquella noche?

–No tengo ni idea. Se acostó en el suelo, con el *Mjölnir* sobre el pecho, y se quedó allí, bajo la tormenta.

–¿Has intentado alguna vez coger ese martillo? –quiso saber David.

–Es imposible. No se separa de él ni para dormir.

–Aunque lo intentaras, no serías capaz de moverlo ni un cuarto de milímetro. Solo Thor puede portar el martillo. No me miréis así, leed los cómics, mirad las pelis, ¡documentaos un poco, tíos!

Me quedé alucinado con aquella revelación. Si mi abuela es Thor, yo soy el nieto de una diosa bastante poderosa, y eso es una responsabilidad. Desde entonces, no le quito ojo. Creo en la teoría de Guerrero con todas las células de mi cuerpo, es lo único que explica la obsesión de la abuela Luz con el martillo. Me gustaría tener más pruebas. Necesito conseguirlas.

Julia

–Llamar al hospital para pedir la cita de mamá con el neurólogo, ir a la farmacia a por sus pastillas, recoger el chándal de Sebas en la tienda de deportes, preguntar en la librería si ha llegado el libro de texto que le falta, contactar con el técnico para que venga a instalar el wifi, avisar a uno de los fotógrafos del periódico de que vaya a sacar una foto a una estación de tranvía que está abandonada...

–Mamá, ¿puedo ir a casa de Guerrero?

Sebas abre la puerta de mi cuarto sin llamar, cosa que hace cuando está sobreexcitado. No es un niño fácil. Ninguno debe de serlo, pero Sebas sube y baja como el mercurio de un termómetro cuando se dispara la fiebre. Hay momentos en que parece tan adulto que su lógica y su forma de hablar me abruman, y otros en los que se comporta de una manera demasiado inmadura para su edad. Me asustan esos cambios de registro. Hay un vértigo implícito al hecho de ser madre. Pero ser madre de un niño como Sebas es algo que me provoca bastante ansiedad. A veces más de la que creo que puedo soportar.

–¿Y los deberes? –le digo, aunque intuyo lo que me va a contestar.

–Me ofendes –me recrimina, haciendo ostentación de su talento para el drama–. Yo nunca dejo los deberes sin hacer. Dime una sola vez que haya pasado eso.

–No vale tirar de archivo. Soy tu madre, es mi obligación preguntarte si has hecho tus tareas.

–Si fueras la madre de Diego Puga, alucinarías: le coge dinero a su madre, suspende seis, explota sapos y roba bocadillos en el recreo amenazando a sus víctimas con un boli Bic. Le quita el capuchón y te pone la punta en el cue-